

ALGUNOS ASPECTOS DE LA PAZ

LOS textos firmados el sábado pasado en París aseguran, sobre todo, dos cosas: un alto el fuego —un armisticio— y una retirada del Ejército expedicionario de los Estados Unidos en Vietnam. Todo lo demás parece un revestimiento de esos dos hechos encadenados (no hay retirada sin alto el fuego) y depende de unas negociaciones posteriores. Los Estados Unidos no podían retirarse de Vietnam sin dejar clavada la frase «paz con honor» —según un código muy peculiar—, y el largo documento —o conjunto de documentos—, que lleva a su pie 228 firmas, tiende a justificarla. El honor, en este caso, consiste en determinar que los Estados Unidos han conseguido algo y que los vietnamitas alzados en el Sur y solidarios en el Norte no lo han conseguido todo. El viaje que el domingo emprendió el vicepresidente Agnew, primero a Saigón y luego, en el curso de esta semana, a otros seis países de la zona —Laos, Camboya, Tailandia, Malasia, Singapur, Indonesia—, forma parte de este contexto. Es decir, a explicar que los Estados Unidos no abandonan el Sudeste Asiático, que los Gobiernos de sus amigos pueden continuar contando con su alianza y que no se producirá la famosa caída de las «fichas de dominó» —las fichas de dominó verticales, colocadas una tras otra: si cae la primera, caen las demás—.

Explicación difícil. Positivamente, es difícil que las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos vuelvan a intervenir militarmente en esa zona. Los Gobiernos amigos instalados en ella son de tal naturaleza y están en tal tensión, que sólo pueden creer en la fuerza como salvaguarda. La resistencia de Thieu a cualquier forma de paz reflejaba esa angustia, sostenida aún con un discurso belicoso para anunciar el alto el fuego. Son Gobiernos de guerra, y saben que ahora, más tarde o más temprano, tendrán que ser sustituidos. Su cometido termina.

LOS Estados Unidos se van, y dejan tras de sí un país devastado y difícil. En una situación no sólo material, sino también política, mucho peor de la que tenía cuando intervinieron. Van a permanecer en el Sur 145.000 soldados de Vietnam del Norte, soldados que no estaban cuando llegaron los primeros soldados americanos, y una parte incommensurable del país está en manos de los guerrilleros, denominados ya Gobierno Provisional Revolucionario —o aún, como prefieren seguir haciéndolo Saigón, el FLN—. De las cuatro partes que han firmado los acuerdos de París, tres son vietnamitas y la cuarta los Estados Unidos. Se van los Estados Unidos y quedan tres Vietnam: el de Saigón, el del Gobierno Revolucionario, el de Hanoi. Camboya está dividida, Laos está en guerra civil. Y el mismo acuerdo, con la tinta fresca aún de tanta firma, es algo dudoso. Thieu ha dicho ya que pondrá en libertad a los prisioneros políticos, que mantendrá herméticamente cerrada la frontera —la línea desmilitarizada—, y que no consentirá la celebración de elecciones de reunificación. Quizá los Estados Unidos se laven en cierta forma las manos de todo ello (aunque quizá no consigan lavarlas

«todos los perfumes de Arabia», como dice lady Macbeth) y lo considere como un problema interno. Si lo hubiese considerado así en su momento, las elecciones de 1956 —previstas por el tratado de Ginebra, el año anterior— se hubiesen celebrado y nunca se hubiera conocido la guerra de Vietnam.

LA pregunta, ahora, no consiste en lo que hubiera podido pasar de no haber pasado lo que pasó, sino en qué va a suceder a partir de ahora. Es tan difícil de contestar ésta como aquélla, si no más. Hay que constatar que las condiciones para una verdadera paz son frágiles, y que si bien hay que descartar la posibilidad de una nueva intervención de los Estados Unidos, no hay que descartar la de la guerra civil continuada. Insistamos en que lo que dejan los Estados Unidos tras de sí, después de sus años de ruda intervención y de sus cinco años de diplomacia y negociación, está menos claro y menos definido que antes; todas las frustraciones están en el aire vietnamita, y también todas las esperanzas, todas las ilusiones. Por otra parte, desde un punto de vista más sociológico que político, las condiciones de vida en Vietnam se han alterado totalmente. Digamos que ha cambiado su ecología. Enormes masas de población se han desplazado, huyendo unas de los bombardeos, otras de los combates. Grandes zonas de importancia económica se han destruido, en el Sur y en el Norte. Ha cambiado el reparto étnico de montañas, llanuras, campos, ciudades. Las industrias, escasas, pero importantes para el país, están arruinadas. Una considerable ruptura de normas de ética o de moral, una poderosa corrupción, se ha instalado como consecuencia inevitable de todas las guerras, pero mucho más de este tipo de guerra, con un invasor rico —ricos sus soldados, rico el Estado— que ha volcado dinero, a veces para los peores fines. Mercado negro, prostitución, colaboracionismo, corrupción a todos los niveles, son elementos corrientes en la vida de Saigón. Más todas las sevicias de una dictadura que ha traspasado toda la ética política. Este armazón, que parece desenvolverse con una cierta naturalidad dentro de una situación de guerra, dentro de una situación de paz es absolutamente insostenible. Y entraña unos riesgos futuros.

A pesar de su retirada militar, los Estados Unidos parecen tener planes políticos —y quizá los hayan expuesto ya en la URSS, quizá en Pekín— para estar presentes en la posguerra. La idea de contribuir económicamente para reparar y restaurar lo que previamente han destruido es explícita. Cuesta trabajo no pensar que esta contribución económica no tenga condiciones políticas. Kissinger, en su declaración anunciando el armisticio, ha hablado de que la futura misión de los Estados Unidos es la de «absorber el enorme talento y tenacidad del pueblo de Indochina en las tareas de reconstrucción, mejor que en las de destrucción». El profesor Huntington —a quien se describe como muy pró-



Firma del Acuerdo de Alto el Fuego, en el Centro de Conferencias situado en la avenida Kleber, París.



De izquierda a derecha y de arriba a abajo, la señora Nguyen Thi Binh (representante del Gobierno Revolucionario Provisional), Tran Van Lam (del Vietnam del Sur), William Rogers (USA) y Nguyen Duy Trinh (Vietnam del Norte, designatarios fundamentales del Acuerdo).

La página del Acuerdo donde se han estampado las firmas.



ximo a Kissinger— escribía hace dos años un proyecto, un plan, para cuando la paz —negociada— llegase a Vietnam: «Los Estados Unidos podrían utilizar incentivos y medios de coacción para hacer nacer alianzas o fusiones de los actores de la vida política. Los americanos pueden facilitar fondos y una ayuda material para sostener candidatos o grupos. Esto puede ser hecho por medios secretos, o indirectamente por la ayuda económica». Y más adelante: «Parece particularmente interesante para los americanos considerar el desarrollo de medios de comunicación de masa como una prioridad, ahora y en la inmediata posguerra». «Se puede hacer mucho para reforzar a los militantes no comunistas, dándoles los medios de rendir servicios —o de que parezca que rinden servicios— a sus conciudadanos». (Profesor Huntington, «Getting ready for political competition in South Vietnam», 1969.)

POR el momento, cualquier introspección sobre el futuro es inoperante y desprovista de sentido, y hay un solo hecho actual del que debemos alegrarnos fundamentalmente: el cese de las hostilidades. Va a tener una importancia enorme en el mundo. La va a tener, en primer lugar, dentro de la propia sociedad de los Estados Unidos —aunque tarde en notarse—, como final de una crispación. Y la va a tener en las zonas de reflejo directo o indirecto de los Estados Unidos, como ya está sucediendo en Europa, y también en las del bloque contrario. Era la condición que estaba faltando para que pudiera inaugurarse con plenitud la era de la negociación, la de una restauración del liberalismo democrático en todo el mundo occidental, y quizá la del final del «comunismo de guerra» —que no pudo ser desvanecido simplemente por la desestalinización de Krutchev—, y reanudarse las tendencias antiguas hacia una especie de síntesis de sistemas en lo que se refiere a las políticas dominantes, a las políticas de gobierno y de Estado. Este es un futuro que se puede predecir con cierta facilidad, porque ha comenzado ya.

«LOS AMERICANOS NO HAN ENTENDIDO NUNCA NADA DE LOS VIETNAMITAS»

En 1966, una joven periodista americana, de veinticinco años, Frances Fitzgerald, se traslada a Vietnam del Sur para realizar un reportaje. Si en un principio pensaba permanecer en el país un mes como máximo, termina quedándose todo un año.

Seis años más tarde, Frances Fitzgerald publica un libro que la da celebridad: "Fire in the Lake" ("Fuego en el Lago"). Noam Chomsky dijo a propósito de esta obra: "Es un libro excepcional, de enorme importancia". Y Arthur Schlesinger comentó: "Si los americanos no han de leer más que un libro para comprender lo que les hemos hecho a los vietnamitas, lo que nos hemos hecho a nosotros mismos, este es el libro".

"Fire in the Lake" no es un libro sobre la guerra. Es un libro sobre Vietnam, el de los vietnamitas, y sobre el choque de dos culturas incompatibles: la de los americanos, miembros de una sociedad pluralista, racionalista y profundamente individualista, y la de los vietnamitas, campesinos ligados a un mundo monolítico, en el que las estructuras familiares y las políticas están estrechamente imbricadas.

"En Saigón descubrí que los americanos nunca habían entendido nada de los vietnamitas", dice Frances Fitzgerald. Por culpa de su profundo desconocimiento del hecho vietnamita y de su desprecio por todo lo que es esencial en esa cultura, los americanos no han podido ni ganar la guerra ni llevar a feliz término su proyecto de 'pacificación' y de construcción de un Estado moderno del Sur. Esta es la tesis que defiende en mi libro. El conflicto de ambas culturas es la clave del fracaso americano en Vietnam.

"Los americanos están convencidos de que su sistema político y su modo de vida son los mejores del mundo. En Vietnam, igual que en otras partes del mundo, se creen llamados a realizar una 'misión civilizadora'. En 1966, Johnson lanzaba en Honolulu su programa de desarrollo de Vietnam del Sur. Pero todas las acciones 'positivas' emprendidas por el Presidente americano estaban abocadas al fracaso. Porque nunca se tuvo en cuenta la realidad vietnamita".

Para Frances Fitzgerald, el éxito de los comunistas, el carácter irreductible de los guerrilleros del FNL obedecen a razones esencialmente políticas. Sólo ellos han sabido proponer una organización social conforme a la tradición confuciana, profundamente anclada en el espíritu vietnamita, y concebir una modernización del país basada en la unidad de base de la sociedad de aquella península, la aldea.

"Al pretender imponer a Vietnam del Sur un modelo de desarrollo incompatible con la cultura tradicional, los americanos no han hecho más que desestructurar esa sociedad —afirma Frances Fitzgerald—. Sin quererlo, los americanos han creado en el Sur una situación revolucionaria".

(Su libro acaba, por otro lado, con un profecía: "La inminente revolución purificará a la sociedad vietnamita de la corrupción y el desorden que allí han sembrado los americanos".)

"La sociedad sudvietnamita está totalmente desorganizada. Hay un millón de hombres encuadrados en un ejército totalmente falto de cohesión. Hay millones de refugiados que carecen de medios de subsistencia. No existe ya economía propia. Todo depende de los americanos. Sólo los dólares impiden la revolución. Después de la paz habrá que recurrir a medidas radicales".

¿Y las fuerzas derechistas? ¿Y el Presidente Thieu?

"Digan lo que digan —afirma Frances Fitzgerald—, no existe en Vietnam una derecha. Hay, eso sí, anticomunistas. Y son muy numerosos. Pero o bien no tienen otra teoría política que su anticomunismo, o bien están cerca de las tesis del FNL. Hay hombres como Thieu, hombres del régimen, que se aprovechan de la guerra. Pero incluso éstos no son propiamente hombres de derechas. La guerra ha eliminado a quienes hubiesen podido propugnar para Vietnam una teoría conservadora. Este es el caso, por ejemplo, de los grandes terratenientes, que ya no existen. Hoy no existe en Vietnam del Sur otra ideología coherente que la del FNL". ■ Declaraciones recogidas por CHRISTINA BENER.